
TEOLOGÍA FUNDAMENTAL Y DOGMÁTICA

G. URÍBARRI, *El Hijo se hizo carne. Cristología fundamental*, Salamanca: Sígueme, 2021, 379 pp., 15 x 23, ISBN 978-84-301-2081-9.

Las publicaciones de Gabino Uríbarri, catedrático de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Comillas, sobre cuestiones cristológicas son abundantes y reconocidas por su solidez. En este sentido, cabe recordar, sobre todo, su obra *La singular humanidad de Cristo*. En otras obras, no faltan, como es natural, abundantes referencias cristológicas. Con el libro que comentamos, el autor quiere dar un paso adelante en el proceso de elaborar una «futura cristología sistemática» en la que este volumen desempeñaría la parte dedicada a la cristología fundamental.

Uríbarri estructura su trabajo en tres partes: *Diagnóstico*, explicitado en dos capítulos sobre las corrientes actuales y los núcleos esenciales, respectivamente, de cristología; *Discusión*, en la que entran cuatro capítulos de los cuales dos tienen que ver con la relación entre cristología e historia, otro sobre la relación de la cristología con el pluralismo religioso, y otro, finalmente, sobre al calcedonismo y el neocalcedonismo; la tercera parte es *Propuesta*, que incluye un capítulo sobre la cristología del Logos y la cristología del Espíritu, y un capítulo final sobre la *teleiosis* o el dinamismo encarnatorio.

No entraremos aquí en el análisis detallado de la reflexión cristológica del profesor Uríbarri, que es suficientemente conocida. En las páginas de este libro en-

contramos una exposición cristológica consistente, que no ignora propuestas alternativas, pero que, al mismo tiempo, se reafirma en los elementos irrenunciables de la cristología católica, que son presentados en diálogo con algunos otros autores que se han ocupado también de las mismas cuestiones. Estamos, pues, ante una obra muy meritoria.

Los diversos capítulos proceden, en buena medida, de textos anteriores del autor, que da cuenta de ello en las notas a pie de página. Este ejemplo de «buenas prácticas» tiene, sin embargo, el inconveniente de que hay un excesivo número de autocitas. No es fácil, seguramente, pero ahí está el reto de encontrar un modo de dejar constancia del origen anterior de textos recogidos en el libro sin multiplicar excesivamente las referencias a escritos anteriores del propio autor.

Uríbarri ha hecho un esfuerzo notable por engarzar los diversos textos para darles la mayor unidad posible, y ha conseguido un resultado bastante logrado. A pesar de ello, es inevitable apreciar una cierta disparidad debida, indudablemente, a la diversa procedencia. La temática es siempre cristológica, pero no todas las cuestiones tienen la misma relevancia o contribuyen de igual manera al carácter unitario del volumen. Por ejemplo, no llega a justificarse suficientemente la presencia aquí de algo tan específico como la discusión sobre el «neocal-

cedonismo» de Ratzinger. Por otro lado, algunos temas aparecen en diversos momentos (el autor es consciente de ello: p. 9), dependiendo más del lugar que ocupaban en los textos de origen que de la oportunidad de su presencia en el volumen.

El propósito del autor es, como ya se ha dicho, ofrecer una cristología fundamental que forme parte de un futuro tratado de cristología. Ordinariamente se suele decir que la cristología fundamental considera el *acontecimiento* de Jesús de Nazaret, el Cristo, mientras que la cristología dogmática tiene como objeto el *misterio* de Jesucristo. Acontecimiento y misterio no son, en realidad, separables netamente porque el uno está necesariamente presente en el otro, pero cada uno tiene una temática específica. Tras la lectura del libro queda la pregunta de si de verdad estamos ante una cristología fundamental que, en principio, se distingue de una cristología dogmática. En la obra que comentamos, los capítulos 3 y 4, y en parte el 1, se ocupan de cuestiones de cristología fundamental, mientras que el resto tendrían un lugar más propio en la dogmática.

Esta obra tiene un interés añadido porque contiene elementos que invitan al diálogo teológico. Me referiré solamente a la crítica que aparece en dos lugares a la posición de J. Ratzinger, particularmente la expresada en la obra *Miremos al traspasado*, aunque también en la trilogía sobre Jesús de Nazaret, que el autor califica de «neocalcedonismo» (pp. 43-45; 227-228). El autor afirma que el neocalcedonismo propuesto por Ratzinger-Benedicto XVI «no termina de garantizar de modo inequívoco el puesto que le corresponde a la humanidad de Cristo y a su libertad en la salvación» (p. 44). El juicio es severo en la medida en que no apunta a una cuestión menor de la cristología. Según el autor, la posición de Ratzinger sería la respuesta neocalcedoniana a la defendida por el «calcedoniano» K. Rahner (p. 223).

La hermenéutica y la semántica de términos concretos utilizados por Ratzinger supera al alcance de esta reseña. Quizás de todos modos deba ser contrastada con otros elementos de la soteriología ratzingeriana, especialmente con su presentación de la obediencia de Cristo como núcleo del sacrificio. En todo caso, sorprende que se considere calcedoniano a Rahner que, en el famoso texto de *Problemas actuales de cristología*, ha acusado, indirectamente, al concilio de Calcedonia de exactamente lo mismo que Uríbarri atribuye a Ratzinger: de no respetar plenamente la humanidad de Cristo, que vendría a ser como una mera «librea». Podría pensarse que una parte de la conclusión crítica sobre la posición de Ratzinger a la que llega Uríbarri es consecuencia de haber sido demasiado comprensivo con la de Rahner.

En cambio, para responder a la crítica de Rahner según la cual Calcedonia tiene ribetes monotelitas, tiene sentido extender el alcance de Calcedonia hasta el III de Constantinopla, como hace Ratzinger y con él buena parte de teólogos actuales. En medio de los dos concilios está el incomprendido II de Constantinopla y su enseñanza sobre la distinción de las naturalezas *en theoría moné*. Quizás en la enseñanza de ese concilio (que también enseña la unidad *kata synthesis* y *kath' hypostasin*) hay una clave para entender la propuesta teológica de Ratzinger que defiende la unidad en Cristo entendido como mediador en quien la humanidad y la divinidad son plenamente actuantes.

Las observaciones que preceden muestran, espero, que la obra del profesor Uríbarri es un libro lleno de interés, que da qué pensar e invita al diálogo mediante el cual queda patente que la teología sigue estando viva.

Un último apunte: se debe felicitar a la editorial Sígueme por la pulcritud y calidad de la edición de este libro que dignifica no solo su contenido sino también al mismo lector.

César IZQUIERDO